

rea, brillaba espléndido el sol, y al regresar Gilliatt, pasando por delante del Cuerno de la Bestia, creyó ver que proyectaba la Silla Gild-Holm-Ur una sombra que no era la de la roca. Pasó con el buque por aquel lado y vió que había un hombre sentado en la referida silla. La marea había subido mucho, el oleaje batía la roca y era casi imposible salir ya de allí. Gilliatt hizo al hombre varias señas, pero éste permanecía inmóvil. Gilliatt se aproximó á él. El hombre estaba adormecido. Vestía de negro.

—Parece un cura, dijo para sí Gilliatt.

Se acercó más y se encontró con un adolescente que le era desconocido.

Dichosamente la roca estaba cortada á pico, y como el mar allí tenía mucha profundidad, Gilliatt atracó á lo largo de la pared de las rocas. El oleaje levantaba el barco lo suficiente para que Gilliatt, de pié sobre el borde del buque, pudiese alcanzar los piés del hombre. Se encaramó por encima del bordaje y levantó las manos. Si hubiera caído al mar en aquel momento, difícilmente hubiera podido reaparecer en la superficie del agua. Esta se estrellaba contra las rocas y era fácil aplastarse entre éstas y el buque.

Tiró de un pié al hombre dormido.

—Eh! qué haceis ahí?

El hombre se despertó.

—Miro, dijo: restregándose los ojos añadió:

—Acabo de llegar á este país; he pasado la noche en el mar; vine por aquí paseando; me gustó esta hermosa perspectiva, pero estaba tan fatigado que me quedé dormido.

—Diez minutos más de sueño y hubierais muerto ahogado, le contestó Gilliatt.

—Bah!

—Saltad á mi barco.

Gilliatt sostuvo con el pié atracado el buque; se agarró á la roca con una mano, tendiendo la otra al hombre que vestía de negro, el que saltó á bordo con ligereza. Era un arrogante jóven.

Gilliatt tomó el remo y en dos minutos el barco llegó á la rada del Bú de la Calle.

El jóven desconocido llevaba sombrero redondo y corbata blanca y abrochada hasta la corbata su redingote largo y negro. El cabello rubio le formaba cerquillo. Su fisonomía era femenina, sus ojos límpidos, su aspecto grave.

El barco llegó á tierra; Gilliatt pasó el cable por la argolla de amarra, y al

volverse hácia el desconocido vió que la mano de éste le ofrecía un soberano de oro.

Gilliatt separó suavemente la mano del jóven.

—Me habeis salvado la vida, replicó el desconocido.

—Tal vez, le respondió Gilliatt.

Cuando la amarra estuvo atada, salieron del barco.

El desconocido añadió:

—Os debo la vida.

—Eso qué importa?

A la respuesta de Gilliatt siguió una corta pausa.

—Sois de esta parroquia? preguntó el desconocido.

—No, respondió Gilliatt.

—De qué parroquia sois?

Gilliatt levantó la mano derecha, señalando al cielo, y contestó:

—De aquella.

El desconocido le saludó y se fué. Pero en cuanto andó unos pasos, se paró, metió la mano en el bolsillo, sacó de él un libro, y volviéndose hácia Gilliatt, se lo entregó, diciéndole:

—Permitidme que os ofrezca este recuerdo.

Gilliatt tomó el libro. Era una Biblia.

Un instante despues Gilliatt, puesto de codos sobre el parapeto, seguía con la vista al desconocido, que andaba muy de prisa por la senda que se dirige á Saint-Sampson.

Bajó gradualmente la cabeza, olvidó al recién venido, se borró de su memoria la Silla de Gild-Holm-Ur, y todo desapareció para él en la inmensidad sin fondo del delirio. Pensaba en Deruchette.

Una voz que le llamaba le sacó de su ensimismamiento.

—Eh, Gilliatt!

Reconoció la voz y levantó la vista.

—Qué hay de nuevo, señor Landoys?

Era, en efecto, el señor Landoys, que pasaba por la carretera, á cien pasos del Bú de la Calle, en su carruaje, tirado por una jaquita. Se detuvo para llamar á Gilliatt, pero parecía estar azorado y de prisa.

—Hay novedades, Gilliatt.

—Dónde?

—En las Bravées.

—Qué sucede?

—Estoy muy lejos para contároslo todo.

Gilliatt se estremeció.

—Se casa miss Deruchette?

—No. Eso es menester.

—Qué quereis decir?

—Id á las Bravées y allí lo sabreis.

El señor Landoys dió un latigazo á la jaca y partió.

## LIBRO QUINTO.

### El rewólver.

#### I.

Las conversaciones de la posada Jean.

El señor Clubin pertenecía á esa clase de hombres que acechan y esperan la ocasion.

Era de corta estatura y amarillento, pero tenía tanta fuerza como un toro. El mar no consiguió tostarle el rostro. Su carne parecía de cera, tenía el color del cirio y chispeaba en sus ojos la claridad discreta de éste. Su memoria era particular é imperturbable. Para él, ver una vez á un hombre era tenerle siempre presente, como se tiene una nota en un registro. Su mirada lacónica agarraba. Su pupila sacaba una copia de su semblante y la estereotipaba, y aunque el semblante envejeciese, el señor Clubin lo volvía á encontrar. No era posible hacer perder la pista á su tenáz recuerdo. El señor Clubin era conciso, sóbrio, frío; jamás hacía un gesto. Su aspecto candoroso cautivaba á primera vista. Algunos le creían simple, porque en la cola de los ojos tenía un pliegue que le hacía parecer estúpido. Pero no había mejor marino que él, como ya hemos dicho; ninguno como él amuraba una vela ni la amarraba, ni la mantenía orientada con la escota. Ninguna reputacion de religion é integridad excedía á la suya. El que la hubiere puesto en duda se hubiera hecho sospechoso. Era muy amigo de Rebuchet, cambista de Saint-Malo, y éste decía con frecuencia: *Daria á guardar mi establecimiento á Clubin*. El señor Clubin era viudo. Su mujer fué muy honrada. Murió con el renombre de una virtud á toda prueba. Si el bailío le hubiera echado flores, hubiera ido á declarárselo al rey, y si Dios se hubiera enamorado de ella, se lo hubiera ido á decir al señor cura. Clubin y su esposa formaban una pareja respetable. La mujer era el cisne y el marido el armiño; una mancha le hubiera causado la muerte. Si se hubiese encontrado un alfiler, hubiera

ido á buscar á su dueño para entregárselo, y si se hubiese encontrado un mazo de pajuelas, lo hubiera hecho pregonar. Entró un dia en un bodegon de Saint-Servan y le dijo al bodegonero:—Tres años atrás almorcé aquí y os equivocásteis al darme la vuelta.—Le devolvió sesenta y cinco céntimos que le dió de más. Era la misma probidad y vigilaba con mucha constancia. Parecía un perro de muestra. Acechaba siempre; á quién? Probablemente á los pícaros.

Todos los martes conducía la *Duranda* desde Guernesey á Saint-Malo. Llegaba á Saint-Malo el martes por la noche, permanecía allí dos dias haciendo su cargamento y volvía á partir para Guernesey el viernes por la mañana.

En aquella época había en el puerto de Saint-Malo una botillería que se llamaba la posada Jean. Para la construcción de los actuales muelles se derribó la referida posada. En aquella época el mar llegaba casi hasta la puerta Saint-Vincent y hasta la puerta Dinan; Saint-Malo y Saint-Servan, mientras estaba la marea baja, se comunicaban por medio de carromatos que circulaban entre los buques, evitando las boyas, las áncoras y las járcias, arriesgándose algunas veces á romper las capillas de cuero de una verga baja ó de un bauprés. Entre las dos mareas los cocheros hacían correr sus caballos sobre la misma arena donde seis horas despues el viento azotaría las olas.

El señor Clubin iba á la posada Jean. Allí estaba el despacho francés de la *Duranda*. Los aduaneros y guardacostas bebían y almorzaban en dicha posada, en la que tenían mesa aparte. Se encontraban allí, y esto era ventaja para el servicio, los aduaneros de Vinic con los aduaneros de Saint-Malo.

También acudían allí patrones de buques, pero comían en otra mesa. El señor Clubin se sentaba en una y en otra mesa, pero prefería la de los aduaneros á la de los patrones. En las dos le recibían muy bien.

Las dos mesas estaban bien servidas. Había refinamiento de bebidas locales, que eran extranjeras para los marinos de otros países. El marinero de Bilbao encontraba allí helados: se bebía Stolt como en Greenwich y Guense-brune como en Amberes.

Capitanes de largas carreras y armadores se encontraban algunas veces en la mesa de los patrones. Allí las noti-

cias mercantiles y políticas se sucedían sin cesar.

—Cómo van los azúcares? Los azúcares se presentan en el mercado en pequeñas partidas. Sin embargo, los terciados no escasean; tres mil sacos de Bombay y quinientas barricas de Sagua.—Vereis cómo la derecha acaba por derribar á Villele.—El añil?—No se han negociado más que siete corachas de Guatemala.—La *Nanine-Julie* está en la rada. Hermosa fragata de Bretaña.—¿Y siguen las dos ciudades de la Plata con sus peloterías?—Cuando Montevideo engorda, Buenos-Aires enflaquece.—Ha sido preciso trasladar el cargamento del *Regina Caeli*, condenado en el Callao.—Los cacao marchan; los sacos de Caracas han costado doscientos treinta y cuatro y los de Trinidad setenta y tres.—Parece que en la revista del Champ de Mars se ha gritado: ¡Abajo los ministros!—Los cueros de Buenos-Aires se venden á sesenta francos los de buey y á cuarenta y ocho los de vaca.—Se ha pasado el Balkan? ¿Qué hace Diebitsch? En San Francisco falta el anisete. El aceite de olivas Plagniol está en calma. El queso de Gruyère á treinta y dos francos el quintal.—¿Conque Leon XII ha muerto? etc. etc.

Todo esto que hemos indicado y otras muchas cosas más se comentaban estrechamente.

En la mesa de los aduaneros y de los guardacostas no se hablaba tan alto. Los asuntos de policía de las costas y de los puertos requirieron menos sonoridad y menos claridad en el diálogo.

Presidia la mesa de los patrones un capitán viejo de larga carrera, Gertais Gaboureau, que no era un hombre, sino un barómetro. Su larga práctica marítima hacia casi infalibles sus pronósticos. Decretaba el tiempo que haría al día siguiente; auscultaba el viento y tomaba el pulso á la marea. Decía á la nube: "Enséñame la lengua," es decir, el relámpago. Era el doctor de las olas, de la brisa, de las ráfagas. El Océano era su enfermo. Hizo un viaje alrededor del mundo como se hace una clínica, examinando cada clima en el estado de buena y de mala salud; sabía á fondo la patología de las estaciones. Consignaba hechos como el siguiente: "En 1796 el barómetro descendió una vez tres líneas más abajo de la tempestad." Era marino por afición. Odiaba á Inglaterra tanto como quería entrañablemente al mar. Estudió minuciosamente la mari-

na inglesa solo para conocer su lado vulnerable. Las naciones para él no existían más que por sus instituciones marítimas, y le eran peculiares sinonimias extrañas. Designaba la Inglaterra con el nombre de *Trinite House*, la Escocia con el de *Northern commissioners* y la Irlanda con el de *Ballast boat*. Poseía abundancia de datos; era á la vez alfabeto y almanaque, mapa y tarifa. Sabía de memoria el peaje de los faros, sobre todo el de los ingleses.

Un día, estando á bordo, tuvo una enfermedad grave: creyeron que había muerto; la tripulación rodeó su camarote, y él interrumpió el hipo de su agonía para decir al carpintero del buque:—"Sería ventajoso adaptar al grueso de los tamboretos una muesca á cada lado para recibir una pieza de fundición con eje de hierro, por donde pasasen las guindaletas."

De todo lo que acabamos de decir se deduce que dicho capitán resultaba una figura magistral.

Pocas veces era el mismo el objeto de la conversacion en la mesa de los patrones y en la de los aduaneros; este caso, sin embargo, se presentó en los primeros días del mes de Febrero. Llamó la atención de las dos mesas la fragata *Tamulipas*, que procedía de Chile y que mandaba el capitán Zuela. En la mesa de los patrones se hablaba de su cargamento y en la de los aduaneros de sus condiciones marítimas.

El capitán Zuela, de Copiapo, era chileno; había intervenido en las dos guerras de la Independencia, perteneciendo ya al partido de Bolívar, ya al de Morillo, según le convenía.

No había hombre más borbónico, ni más bonapartista, ni más absolutista, ni más liberal, ni más ateo, ni más católico. Formaba parte de ese gran partido que se pudiera llamar el partido lucrativo. De vez en cuando aparecía en Francia bajo el pretexto de comerciar, y á ser cierto lo que se decía, admitía á bordo á gentes fugitivas, lo mismo á los que habían quebrado fraudulentamente que á los proscritos políticos, si se lo pagaban bien. Su procedimiento de embarque era muy sencillo. El fugitivo esperaba en un punto desierto de la costa, y en el momento de aparejar, Zuela le enviaba una lancha que lo conducía á bordo. En su precedente viaje contribuyó á la fuga de un contumaz del proceso Bertou, y ahora, según se decía, iba á llevarse á algunos comprometidos en el

negocio del Bidasoa. La policía estaba avisada y no le perdía de vista.

Aquellos tiempos eran una época de fugas. La restauracion era una reaccion, y así como las revoluciones acarrearán emigraciones, las reacciones producen proscripciones. Durante los siete ú ocho primeros años que siguieron á la vuelta de los Borbones, el pánico se extendía por todas partes, en la hacienda, en la industria y en el comercio; menudeaban las quiebras. Lavalette, Lefebvre-Desnouettes y Delon habían huido. Los tribunales excepcionales funcionaban. Huían del puente de Saumur, de la esplanada de la Beole, de las paredes del Observatorio de Paris, de la torre de Taurias, siluetas que se yerguen lúgubremente en la historia, marcadas por la reaccion, en las que todavía se distingue su sangrienta mano. En Londres el proceso Tehistlewood se ramificaba en Francia; en Paris el proceso Togoff se ramificaba en Bélgica, en Suiza y en Italia, y multiplicaba los motivos de inquietud y de desaparicion, aumentando el profundo derrotero subterráneo, que hacia el vacío hasta en las altas clases del orden social. El principal cuidado de todo el mundo era estar seguros; estar comprometidos era perderse. El espíritu de los tribunales prebostales había sobrevivido á su institucion. Condenaban por complacencia. Los comprometidos buscaban la salvacion en Tejas, en las montañas Rocosas, en el Perú y en Méjico. Los hombres del Loire, que antes eran bandidos y entonces paladines, fundaron el campo de Asilo. Una cancion de Beranger decía: *Salvajes somos franceses; tened compasion de nuestra gloria*. No había más recurso que expatriarse. Pero es muy difícil huir, porque todo sirve de obstáculo al que se evade. El que se fuga tiene que disfrazarse. Personas importantes y hasta ilustres tenían que obrar como malhechores, y aun así desempeñaban mal su papel. El bandido escapado de presidio era ante la policía más correcto que un general; porque la inocencia se veía obligada á ser hipócrita, la virtud á falsificar la voz y la gloria á ponerse una mascarilla. El transeunte de aspecto sospechoso era entonces una celebridad que iba á buscar un pasaporte falso. Las maneras torpes del hombre que se escapa no probaban que ese hombre fuese un héroe. Esto son rasgos fugitivos y característicos de los tiempos, que la historia general no anota y que el verdadero

pintor de un siglo debe subrayar. Detrás de las fugas de personas honradas se hilvanaban las fugas de los bribones, que eran menos sospechosas. El foragido que se veía obligado á eclipsarse, aprovechándose de la confusion, formaba entre los proscritos, y con frecuencia, gracias á su destreza y á su habilidad, aparecía más honrado que el que realmente lo era. La probidad perseguida es torpe, porque no sabe lo que le pasa y comete imprudencias. El falsario se fuga más fácilmente que el convencional.

Es cosa extraña que para la gente de mala vida la evasion sea camino para llegar á todo. La cantidad de civilizacion que un pícaro aportaba de Paris ó de Londres le servía de dote en los países primitivos ó bárbaros; le recomendaba y hacia de él un iniciador. No era imposible que un aventurero burlase en Francia y se escapase del Código, y en otra parte llegase hasta el sacerdocio. Había algo de fantasmagórico en las desapariciones, y más de una evasion dió resultados que parecían sueños. Fugas de esta clase conducían á lo desconocido y á lo quimérico. Tal quebrado que huyó de Europa de mala manera, reaparecía veinte años despues siendo gran visir en el Mogol ó rey en Tasmania.

Favorecer, pues, las evasiones era una industria, y como se repetían con frecuencia, era una industria beneficiosa, una especulacion que completaba ciertos comercios. El que quería salvarse en Inglaterra se dirigía á los contrabandistas; el que quería salvarse en América se dirigía á los defraudadores, que hacían grandes viajes, como el capitán Zuela.

## II.

Clubin se prepara.

Zuela comía algunas veces en la posada Jean. El señor Clubin lo conocía de vista.

El señor Clubin no era orgulloso y no desdeñaba conocer á los ganapanes; les trataba y les daba en medio de la calle los buenos días y la mano. Hablaba inglés con el zoogle y chapurraba el español con el contrabandista. Para conducirse de este modo en la vida práctica le servían de norma estas sentencias: "Se puede sacar el bien del conocimiento del mal.—El guardian de un soto saca utilidad de platicar con el matutero.—El piloto debe echar la sonda al pirata, porque el pirata es un escollo.—Hay que

probar á los pícaros como los médicos prueban los venenos. Estos apotegmas no admitían réplica. Todo el mundo daba la razón al capitán Clubin y aprobaba que no adoleciese de delicadezas y de miramientos ridículos. Nadie le censuraba, porque todo lo hacía en pró del buen servicio. Nada de eso le comprometía. La confianza que tenían en él era la recompensa de su honradez, nunca desmentida, que es la que constituye la excelencia de las reputaciones bien sentadas. En cuanto hacia ó parecía querer hacer le suponían cierta malicia en sentido favorable á la virtud, porque tenía adquirida fama de impecable y de sagaz. Su reputación de hábil se combinaba armoniosamente con su reputación de sencillez, sin contradicción y sin violencia. El cándido hábil es tipo que existe y constituye una de las variedades más apreciadas del hombre honrado. El señor Clubin era de esos hombres que, cuando se les sorprende en conversación íntima con un estafador ó con un bandido, se les comprende, sin embargo, y se les respeta, y tienen en su favor el guiño de satisfacción y de inteligencia de la estimación pública.

El *Tamaulipas* había completado su cargamento; estaba de marcha é iba pronto ó aparejar.

Un martes por la tarde la *Duranda* llegó á Saint-Malo antes del anochecer. El señor Clubin, que vigilaba desde la cubierta la maniobra de la entrada en el puerto, divisó, cerca de Petit-Bey, en la playa, entre dos rocas y en paraje muy solitario, dos hombres que estaban conversando. Los miró con su anteojo de marino y reconoció uno de los dos hombres. Era el capitán Zuela. Le pareció conocer también al otro, que era un personaje de alta estatura y canoso. Llevaba el sombrero ancho y el traje grave de los Amigos. Probablemente era cuáquero. Inclinaba la vista con modestia.

Al llegar el señor Clubin á la posada Jean, supo que el *Tamaulipas* pensaba zarpar dentro de diez días. Después tomó otros informes.

Por la noche entró en casa del armero de la calle de Saint-Vincent y le dijo:

—Sabeis lo que es un revólver?

—Sí, es una invención americana, le respondió el armero.

—Es una pistola que empieza la conversación.

—En efecto, contiene pregunta y respuesta.

—Y réplica.

—En efecto, señor Clubin. Es un cañón giratorio.

—Con cinco ó seis balas.

El armero entreabrió el extremo de los labios é hizo ese ruido de lengua que, acompañado de movimiento de cabeza, expresa la admiración.

—Es una excelente arma, señor Clubin. Creo que se generalizará pronto.

—Dadme, pues, un revólver de seis cañones.

—No tengo.

—Siendo armero!

—Es de invención reciente y no ha llegado aun hasta aquí. No los construyen aun en Francia.

—Diablo!

—Aun no se construyen para vender.

—Diablo!

—Pero tengo excelentes pistolas.

—Quiero un revólver.

—Convengo en que es más ventajoso. Pero esperad, señor Clubin.

—A qué?

—He oído decir que en Saint-Malo se vende uno de lance.

—Un revólver?

—Sí.

—Dónde?

—Me enteraré y lo sabremos.

—Cuándo me dareis la contestación?

—Es de lance, pero me han asegurado que es bueno.

—Cuándo quereis que vuelva?

—Si os lo proporciono, será de toda mi confianza.

—Cuándo lo sabré?

—Cuando volvais en el próximo viaje.

—No digais que es para mí, le dijo Clubin.

### III.

Clubin lleva y no trae.

El señor Clubin hizo el cargamento de la *Duranda*, embarcó muchos buques y algunos pasajeros, y como de ordinario, salió de Saint-Malo para Guernesey el viernes por la mañana.

El mismo día, cuando el buque estuvo en alta mar, Clubin entró en su camarote, se encerró en él, metió algunos trajes en el compartimiento elástico de un saco de viaje; galleta, botes de conservas, algunas libras de cacao, un cronómetro y un anteojo de marino en el compartimiento sólido; cerró con candado el saco y pasó por las asas un cable dispuesto para izarlo en caso necesario. Después bajó á la sentina, entró en el

departamento de los cables y subió con una de esas cuerdas de nudos armadas de gancho, que en el mar sirven á los calafates y en tierra á los ladrones. Estas cuerdas facilitan los escalamientos.

Cuando llegó á Guernesey, Clubin se trasladó á Torteval, en donde pasó treinta y seis horas. Llevó allí la baliya y la cuerda de nudos y salió de allí sin ellas.

Digámoslo de una vez para siempre: el Guernesey de que nos ocupamos es el antiguo Guernesey, que hoy no existe ya más que en los campos; en éstos aun vive, pero en las ciudades ha muerto. Lo que decimos de Guernesey aplíquese á Jersey. Gracias al progreso y al admirable espíritu de iniciativa de este pueblo insular, en cuarenta años se ha transformado todo el archipiélago de la Mancha. Aquella sombra se ha convertido en luz. Dicho esto pasemos adelante.

En aquellos tiempos el contrabando era muy activo en la Mancha. Abundaban los buques contrabandistas, sobre todo en la costa del Oeste de Guernesey. Personas competentes y enteradas de lo que sucedía hace ya casi medio siglo, hasta llegan á citar los nombres de varios de estos buques, que eran casi todos asturianos y guipuzcoanos. Lo que no cabe duda es que no transcurría una semana sin que apareciesen uno ó dos, ya en la bahía de los Santos, ya en Pleymont, con todas las apariencias del servicio regular. Existe un subterráneo marítimo en Serk que se llamaba y se llama aun *las Tiendas*, pero que en dicha gruta compraban las mercancías á los contrabandistas. Para las necesidades de ese comercio se hablaba una especie de dialecto contrabandista, olvidado hoy, que era al español lo que el levantino es al italiano.

En muchos puntos del litoral inglés y francés el contrabando estaba en cordial acuerdo secreto con el negocio que pagaba su patente. Entraba en casa del comerciante más encopetado, aunque por la puerta secreta, y penetraba subterráneamente en la circulación comercial y en la industria. Era negociante por delante y contrabandista por detrás: esta es la historia de muchas fortunas. Seguin lo decía de Bourgain; Bourgain lo decía de Seguin. No salimos garantes de sus palabras; quizá se calumniaban mutuamente. Como quiera que sea, el contrabando, que la ley perseguía, estaba bien emparentado con la Hacienda. Se relacionaba con las altas clases.

De aquí arrancaban muchas connivencias que necesariamente debían permanecer ocultas. Semejantes misterios requerían sombra impenetrable. El contrabandista sabía muchas cosas que debía callar, y guardar fé inviolable y rígida era su norma. La primera cualidad que ha de tener un contrabandista es la lealtad. Sin discreción no hay contrabando posible. Guardaban imperturbablemente los secretos. El contrabandista juraba no publicarlos y cumplía su juramento. De nadie podía fiarse mejor que de un contrabandista. El alcalde de Oyarzun cogió un día un contrabandista y le hizo poner en el tormento para obligarle á declarar quién era el depositario de sus fondos secretos. El contrabandista no le nombró: era el mismo alcalde. De estos dos cómplices, el juez y el contrabandista, uno de ellos debió, para aparecer á los ojos de la sociedad cumplidor de la ley, mandar que diesen tormento al otro, y el otro resistió el tormento por no faltar á su juramento.

Nada era más fácil ni más difícil que encontrar á los contrabandistas cuando se adquirían noticias del furtivo itinerario del contrabando. Bastaba para ponerse en contacto con ellos no tener preocupaciones nocturnas, ir á Pleymont y arrostrar las misteriosas interrogaciones que allí se dirigen.

### IV.

Pleymont.

Pleymont, que está cerca de Torteval, forma uno de los tres ángulos de Guernesey. Hay allí, en la extremidad del cabo, una alta bóveda de cespéd, que domina el mar y que está desierta. Dicha cumbre parece más desierta aun porque en ella se levanta una casa.

Aquella casa añade horror á la soledad. Según se dice es una casa hechizada.

Es de aspecto extraño, construida de granito, de un cuerpo solo, y está situada entre la yerba. No solo no es ruinosa, sino que es perfectamente habitable. Sus paredes son gruesas y su techo sólido; ni falta á aquellas una piedra ni á éste una teja. Dicha casa dá las espaldas al mar. Su fachada, que mira al Océano, es una muralla; examinándola con atención, se distingue que hay en ella una ventana tapiada. Sus dos paredes contienen tres tragaluces; uno al Este y dos al Oeste, los tres murados. La fachada

que mira á tierra tiene una puerta y dos ventanas. La puerta está murada. Las dos ventanas del piso de tierra también. En el primer piso hay dos ventanas abiertas; pero estas ventanas abiertas tienen aspecto más siniestro que las que están muradas. Su abertura las hace negras hasta el medio día. Ni tienen cristales ni siquiera bastidores. Se abren hácia dentro y en la oscuridad. Se asemejan á las cuencas vacías de dos ojos arrancados. No hay nada dentro de aquella casa. Por las ventanas abiertas se distingue el destrozo interior. No hay en ella ningún artesonado, ni enmaderamiento de ensambladura; solo se vé allí la piedra pelada. Parece un sepulcro con ventanas, que permite á los espectros mirar lo que pasa fuera. Las lluvias, por la parte del mar, le descaman los cimientos, y ortigas, que el viento agita, acarician la parte baja de las paredes. En todo el horizonte que distingue la vista no se divisa ninguna habitación humana. Esta casa es un hueco vacío en el que anida el silencio. Sin embargo, el transeunte que se pára y aplica el oído á la pared oye confusamente, de vez en cuando, batimientos de alas espantadas. Encima de la puerta murada, en la piedra que forma el arquitrabe, se ven grabadas estas letras: E L M—P B I L G, y esta fecha: 1780.

Por la noche penetra en lo interior lúgubrememente la luna. El mar rodea aquella casa. Su situación es magnífica y por consiguiente siniestra. La belleza del lugar la convierte en enigma. ¿Por qué nadie la habita? El sitio es hermoso, la casa es buena. ¿Por qué está abandonada? A estas preguntas que hace la razón se agregan las que hace el desvarío. Aquella casa tiene un campo cultivable, y está inculto porque no tiene dueño. La puerta está tapiada. ¿Por qué el hombre huye de allí? ¿Qué pasa en aquel sitio? Si no sucede nada, ¿por qué no hay allí habitantes? Cuando todo está dormido, ¿hay allí alguno que esté despierto? La ráfaga tenebrosa, el viento, las aves de rapiña, animales ocultos, seres ignorados asaltan la imaginación, amalgamados en aquella casa. ¿A qué pasajero sirve de hospedaje? Parece que tinieblas de granizo y de lluvia se abisman en aquellas ventanas. Vagos arroyos formados por las tempestades han dejado sus huellas en la pared interior. Visita el huracán aquellos aposentos murados y abiertos. ¿Se ha cometido allí algún crimen? Parece que por la no-

che aquella casa, sepultada en la oscuridad, ha de pedir auxilio. ¿Permanece muda? Salen de ella voces? El misterio de las horas negras está allí en su propio elemento. Aquella casa duerme en la plenitud del día. ¿Qué hará en medio de la noche? Al mirarla parece que se mira un secreto. Como el desvarío tiene su lógica y lo posible tiene su pendiente, cualquiera se pregunta lo que será de aquella casa desde el crepúsculo de la tarde hasta el crepúsculo de la mañana. La inmensa dispersión de la vida extrahumana, ¿tiene sobre esta cumbre desierta un nudo que la hace parar, que la obliga á hacerse visible y á descender? ¿Vá á remolinarse allí todo lo disperso? ¿Se condensa allí todo lo impalpable hasta que adquiere formas? Inspiran horror sagrado aquellas piedras. La oscuridad que hay en aquellos aposentos deshabitados es más que oscuridad: es lo desconocido. Se pondrá el sol, volverán los barcos de los pescadores, dejarán de cantar los pájaros, las grietas y junturas de las piedras franquearán el paso á los primeros esfuerzos de los reptiles, las estrellas empezarán á asomar en el cielo, y aquellas dos ventanas continuarán estando abiertas. Se abren á los sueños, y por medio de apariciones, por medio de larvas, por medio de fantasmas confusos, por medio de los misterios tumultuosos de las almas y de las sombras, la creencia popular, que es á la vez estúpida y profunda, traduce las sombrías intimidades que tiene aquella casa con la noche. Dice: "La casa está hechizada," y esta palabra contesta á todo.

Los espíritus crédulos tienen esta explicación, pero los espíritus positivos también tienen la suya. Nada más sencillo que explicar lo que es aquella casa. Es un antiguo punto de observación de los tiempos de las guerras de la Revolución y del Imperio, y también un punto de contrabandos. Se construyó con este objeto; terminó la guerra y el punto quedó abandonado. No han derribado la casa por si pudiera ser útil algún día. Han tapiado la puerta y las ventanas de la planta baja para evitar las inmundicias humanas y para que nadie entre allí; han tapiado las ventanas de los tres lados que dan al mar para librar á la casa de los vientos del Sur y del Oeste. Esto es todo.

Los ignorantes y los incrédulos insisten en sus dudas. Desde luego la casa no se construyó en la época de las guerras de la Revolución y del Imperio, por-

que lleva la fecha de 1780, que es anterior á la Revolución. Además no se edificó para que sirviera de punto militar, porque tiene escritas las letras E L M—P B I L G, que forman el doble monograma de dos familias, é indican, según la costumbre antigua, que la casa se edificó para que sirviera de residencia á un matrimonio joven. Por lo tanto estuvo habitada. Por qué no lo está ya? Si se han tapiado las puertas y las ventanas, para que nadie pueda penetrar en la casa, ¿por qué se han dejado dos ventanas abiertas? Se prohíbe á la lluvia entrar por el Mediodía y se la deja entrar por el Norte.

Los crédulos no tienen razón sin duda alguna, pero los positivos tampoco. El problema persiste.

Lo más probable es que el edificio haya sido más útil que perjudicial para los contrabandistas.

El exceso de horror quita á los hechos su verdadera proporción. Sin duda alguna, algunos de los fenómenos nocturnos que poco á poco han creado á aquella casa reputación de hechizada, se pudieran explicar por la presencia vaga y furtiva de algunas personas, por la breve permanencia de hombres que se reembarcan en seguida, por las persecuciones y por la osadía de ciertos industriales sospechosos, que se ocultan para obrar mal y que se dejan entrever para causar miedo.

En aquel tiempo, ya bastante lejano, eran posibles muchas audacias. La policía, especialmente en los pueblos pequeños, no era lo que es actualmente.

Añadamos á lo dicho, que si esa casa era cómoda para los contrabandistas, debían tener allí sus citas con bastante libertad y con bastante seguridad, precisamente porque la casa causaba miedo, y como tenía mala fama, nadie la denunciaba. No se avisa á aduaneros y alguaciles para que persigan espectros. Los supersticiosos se limitan á hacer la señal de la cruz y no se atreven á entablar procesos verbales. Ven ó creen ver, huyen y callan. Existe connivencia tácita, involuntaria, pero real, entre los que causan miedo y los que lo tienen. Los asustados conocen que han hecho mal de asustarse; imaginan haber sorprendido un secreto, y temiendo agravar su posición misteriosa y exasperar á los aparecidos, son discretos y callan. Pero hasta sin este cálculo guardan silencio por instinto las gentes crédulas; el terror hace enmudecer; los aterrados hablan

poco; parece que el miedo les diga:—Punto en boca.

Es preciso no olvidar que lo que decimos se remonta á la época en que los lugareños de Guernesey creían que todos los años repetían los bueyes y los asnos el misterio del santo pesebre, en un día fijo, en la noche de Navidad, y en dicha época nadie se hubiera atrevido á entrar en un establo por miedo de encontrar en él las bestias arrodilladas.

Si hemos de dar fé á las leyendas locales y á los relatos de algunos ancianos, la superstición llegó en tiempos antiguos algunas veces hasta el extremo de colgar en las paredes de la casa de Pleyntmont, de escarpías, ratones sin patas, murciélagos sin alas, esqueletos de animales, sapos aplastados entre las páginas de una Biblia y tallos de altramuz amarillos; extraños ex-votos, que colgaron allí imprudentes pasajeros nocturnos que creyeron ver algo extraordinario, y que con semejantes dádivas esperaban conseguir su perdón y conjurar el malhumor de los duendes, de las larvas y de las almas en pena. En todos tiempos ha habido quien creyera en brujas y en sábados, y ha habido crédulos de alta esfera y de gran talento. César consultaba á Sagana y Napoleón á la señorita Lenormand. Hay conciencias tan inquietas que tratan de obtener indulgencias hasta del mismo diablo. *Que Dios haga y que Satanás no deshaga*, era una de las plegarias de Carlos V. Otros espíritus son más timoratos aun. Llegan á persuadirse hasta de que se han portado mal con el diablo. Ser intachables en el concepto del demonio es una de sus preocupaciones. De aquí nacen las prácticas religiosas de una falsa devoción. Crímenes contra el demonio existen en ciertas imaginaciones descarriadas; haber violado la ley del abismo atormenta á extravagantes casuistas de la ignorancia; tienen escrúpulo de haber ofendido á las tinieblas. Creer que es eficaz la devoción á los misterios del Brocken y de Armuyr, figurarse que se peca contra el infierno, recurrir por infracciones quiméricas á quiméricas penitencias, confesar la verdad ante el espíritu de la mentira, decir el *mea culpa* á los pies del padre de la falta y confesarse en sentido inverso, todo esto existe ó ha existido; los procesos sobre la magia lo prueban en cada una de las páginas de sus legajos. ¡Hasta ese punto llega el desvarío humano! Cuando el hombre empieza á azorarse ya no se detiene. Sueña en fal-

tas imaginarias, inventa ridículas purificaciones y barre su conciencia perturbada con la escoba de las brujas.

De todos modos, sea ó no sea aquel edificio casa de aventuras, nadie ha de ir á ser testigo de ellas sino por casualidad ó por excepcion; y todo el mundo la deja entregada á su soledad, porque nadie quiere arriesgarse á encuentros infernales. Gracias al terror que la guarda y que aleja de ella á los que pudieran espiarla y atestiguar lo que allí sucede, gracias á esto, siempre ha sido fácil penetrar de noche en su interior por una escala de cuerda ó por una escalera de mano, tomándola de los huertos inmediatos. Llevando algunos víveres podría aguardarse allí con seguridad el momento oportuno de embarcarse furtivamente.

La tradicion refiere que cuarenta años atrás, un fugitivo, que segun unos era político y segun otros comerciante quebrado, permaneció algun tiempo oculto en la casa hechizada de Pleymont, desde la que se fugó á Inglaterra en una barca pescadora. Desde Inglaterra se pasa fácilmente á América.

Desde la cumbre donde está situada la casa se distingue, hácia el Sudoeste, á una milla de la costa, el escollo de los Hanois.

Este escollo es célebre. Ha cometido todas las malas acciones que puede cometer una roca. Fué uno de los más terribles asesinos del mar: esperaba traicionablemente de noche á los navíos; él ha poblado los cementerios de Torteval y de la Rocquaine.

En 1862 colocaron un faro sobre ese escollo.

En la actualidad, el escollo de los Hanois, que antes extraviaba á los navegantes, los alumbraba; el traidor lleva una antorcha en la mano. Hoy buscan los navegantes en el horizonte aquel peñasco para que les sirva de protector y de guia, así como antes huían de él como de un malhechor. Los Hanois tranquilizan los vastos espacios nocturnos que antes asustaban. Ese peñasco es algo parecido al ladrón convertido en gendarme.

Hay tres Hanois: el mayor, el menor y la Mauve. En el menor se encuentra actualmente el "Light Red.". Este escollo forma parte de un grupo de peñas, que unas son submarinas y otras salientes, pero él las domina todas. Tiene, como una fortaleza, obras avanzadas; hácia alta mar un cordón de trece rocas; hácia

el Norte dos rompientes, las Hautes-Ferquies, los Aiguillons y un banco de arena, el Heronée; hácia el Sud tres rocas, el Cat-Rock, la Percée y la Roca Herpin; además dos ciénagas, la Sauth Bone y la Bone de Monet, y además Pleymont á flor de agua y el Tas de Pois d' Abal.

Es difícil, pero no imposible, que un nadador atravesase el estrecho que media entre los Hanois y Pleymont. Recordarán los lectores que esta era una de las hazañas del señor Clubin. El nadador que conoce esos bajo-fondos encuentra en ellos dos estaciones donde descansar, la Roca Redonda, y más adelante, oblicuando un poco á la izquierda, la Roca Roja.

## V.

## Los cogedores de nidos.

Del día que pasó el señor Clubin en Torteval se refiere un hecho singular, que al principio hizo ruido en el país y que lejos de él transpiró mucho más tarde; porque, como acabamos de hacer notar, muchas cosas permanecen ignoradas por causa del asombro mismo que producen en los que fueron testigos presenciales.

En la noche del sábado al domingo, tres chiquillos escalaron la escarpadura de peñascos de Pleymont. Los tres chiquillos regresaban á su pueblo y venían del mar. Eran cazadores de nidos. En todas las costas del mar en que hay rocas y peñascos, se encuentran muchos cogedores de nidos. Algo hemos hablado ya sobre esto. Recuérdese que Gilliatt quitó un nido á un chico y lo devolvió al árbol. Estos cazadores son poco meticulosos, poco tímidos; son una especie de pilluelos del Océano.

La noche estaba muy oscura. Densas superposiciones de nubes ocultaban el cenit. Acababan de dar las tres de la mañana en el campanario de Torteval, que es redondo y puntiagudo y se parece á la caperuza de un mago.

¿Por qué esos rapaces volvían á casa tan tarde? Por una razon muy sencilla. Habían ido á coger nidos de paviotas en el Tas de Pois d' Abal. Como la estacion era muy apacible, los amores de los pájaros empezaron muy temprano. Los chiquillos, observando las idas y venidas de los machos y de las hembras alrededor de los nidos, estaban tan distraídos y tan encarnizados en su persecu-

ción, que habían olvidado la hora y se les hizo tarde. El flujo del mar les había asediado; no pudieron ganar á tiempo la diminuta rada en la que dejaron amarrado el bote, y no tuvieron más remedio que esperar en una de las puntas del Tas de Pois que la marea bajase. Por eso tenían que regresar de noche. Regresos semejantes los esperan las madres con febril inquietud, y tranquilizadas al ver volver á sus hijos, convierten su alegría en cólera, que, aumentada por las lágrimas, la disipan dando coscorrones. Por eso los chicos, inquietos, se apresuraban á regresar; pero se apresuraban como el que tiene gana de volver tarde á casa y deseos de no llegar. Los pobres muchachos tenían en perspectiva una zurra.

Solo uno de ellos nada tenía que temer, porque era huérfano.

Nació en Francia; ni conocía ni tenía padres, pero en aquel momento se alegraba de no tenerlos. No interesando á nadie, nadie le podía pegar. Los otros dos eran guernesianos de la parroquia de Torteval. Cuando acabaron de escalar la cumbre de las rocas, los tres buscadores de nidos llegaron á la meseta en la que se levantaba la casa hechizada.

Empezaron por tener miedo, que es el deber de todo pasajero, y sobre todo de los niños, en aquel sitio y en aquellas horas. Tenían deseos de salvarse á todo correr, pero también tenían deseos de curiosear aquella casa.

Se pararon; miraron á la casa; la vieron negra y formidable.

La casa aparecía en medio de la meseta desierta como un bloque oscuro, como una excrecencia simétrica y repugnante, como una elevada mole cuadrada con ángulos rectilíneos, semejante al enorme altar de las tinieblas.

La primera idea que les ocurrió á los niños fué huir; la segunda acercarse.

Sabido es que los franceses no creen en nada; además, ser muchos ante un peligro tranquiliza; tener miedo tres, dá valor. Despues se trata de cazadores, de niños que, siendo tres, juntos no suman treinta años; que buscan, que escudriñan, que espían lo que está escondido. Cómo detenerse en el camino? Metiendo la cabeza por un agujero, por qué no meterla por el otro? El que caza se vé arrastrado por esta pasion; el que vá á la descubierta obedece á su afán de descubrir. Habiendo registrado muchos nidos de pájaros, se tiene deseos de registrar un poco el nido de los espec-

tros. Por qué no huronear en el infierno? Tras la curiosidad que inspira la caza, el cazador desea llegar hasta lo desconocido; empieza á correr tras de los gorriones y acaba por ir tras de los duendes. Quiere penetrar en los miedos que nuestros padres nos han infundido. Es resbaladizo el camino del que sigue la pista de los cuentos de hadas, y es tentadora ocasion la que se nos presenta de saber tanto como nuestras abuelas. El torbellino de estas ideas en estado de confusion y de instinto en el cerebro de los buscadores de nidos, dió por resultado la temeridad de dirigirse hácia la casa.

El rapaz que iniciaba esta bravura era digno de emprenderla. Era un muchacho resuelto, aprendiz de calafate, uno de esos niños que son hombres, que se acuestan en el taller sobre un monton de paja, que se ganan la vida, que trepan sin dificultad por paredes y árboles, hijo sin azar, producto de una chiripa, huérfano alegre, nacido en Francia no se sabe dónde, pícaro y bueno al mismo tiempo, rubio, casi rojo.

Entonces ganaba un chelin diario calafateando barcas de pescadores que reparaban sus averías en Pequeries. Cuando se le antojaba se tomaba vacaciones y se iba á coger nidos.

La soledad del sitio tenía no sé qué de tenebroso. Se sentía en ella la inviolabilidad amenazadora. La meseta, escueta y silenciosa, ocultaba á poca distancia en el precipicio su combadura inclinada y fugitiva. El mar tranquilo callaba, el viento también; los tallos de la yerba no se movían.

Los cazadores de pájaros avanzaban con lentitud hácia la casa, yendo el francesito delante. Se aproximaban á ella reprimiendo el aliento, como si se acercasen á una fiera.

Habían ya ganado el ribazo, que estaba situado detrás de la casa y que por la parte del mar iba á parar á un pequeño istmo de rocas poco practicable; estaban bastante cerca de la casa, pero no veían más que su fachada del Sur, toda murada; no se atrevían á volver á la izquierda, por miedo de ver la otra fachada en la que estaban las dos ventanas abiertas. Pero al fin se atrevieron cuando el aprendiz de calafate les dijo:—"Viremos á babor. La otra fachada es la bonita. Vamos á ver las dos ventanas negras."

"Viraron á babor," y llegaron al otro lado de la casa: al ver que las ventanas